



SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN DE
GÉNERO Y ESTUDIOS CULTURALES

**Sobre historia, sexualidades
y significados culturales. A
propósito de la novela
*Beatriz y los cuerpos
celestes* de Lucía Etxebarria**

**On history, sexualities and cultural meanings. In regard to the novel,
Beatriz y los cuerpos celestes by Lucía Etxebarria**

Luz Sanfeliu

Universitat de València

m.luz.sanfeliu@uv.es

Fecha de recepción:
17/04/2013

Fecha de evaluación:
19/05/2013

Fecha de aceptación:
25/06/2013

Abstract:

The article explores the relationship between history and literature, and the way in which the latter contributes to constructing the common sense of an era and to disseminating certain cultural meanings about both individual and group identities.

Based on this hypothesis, the novel, *Beatriz y los cuerpos celestes* by Lucía Etxebarria is an exceptional example to analyse, from a culture-focused methodological viewpoint, how the discourses about bisexuality or lesbianism are related to gender attributions, while trying to construct new models of feminine identities for its main characters.

Eventually, this narrative attempt does not manage to carry out an in-depth reformulation of the dichotomies that are traditionally attributed to the masculinity/femininity or heterosexuality/homosexuality binarisms in their most classical version.

Key words: history; literature; bisexuality; lesbianism; gender attributions; non-standard sexualities.

Resumen:

El artículo explora la relación entre la historia y la literatura y la forma en la que esta última contribuye a construir el sentido común de una época y a difundir determinados significados culturales en torno a las identidades personales y colectivas.

Desde estos presupuestos, el análisis de la novela *Beatriz y los cuerpos celestes* de Lucía Etxebarria se constituye en un campo privilegiado para analizar, desde una perspectiva metodológica centrada en lo cultural, cómo los discursos en torno a la bisexualidad o al lesbianismo se relacio-

nan en la novela con las atribuciones de género, tratando de construir nuevos modelos de identidades femeninas para sus principales protagonistas.

Un intento narrativo que, finalmente, no logra reformular en profundidad las dicotomías tradicionalmente atribuidas a los binarismos masculinidad/feminidad o heterosexualidad/homosexualidad en su versión más clásica.

Palabras clave: historia; literatura; bisexualidad; lesbianismo; atribuciones de género; sexualidades no normativas.

0. Introducción

Puesto que vamos a tratar el tema de las sexualidades consideradas socialmente más o menos adecuadas a la norma, me gustaría plantear si, en tanto que historiadora, mi relación con la novela de Lucía Etxebarria (1998) no será también una relación contra natura.

La historia y la literatura se constituyeron en el siglo XIX, lo mismo que la heterosexualidad y la homosexualidad, como territorios separados que se contraponían, excluían entre sí y recibían distinta valoración social (White, 1992; Moreno & Vázquez, 1997)¹.

Cualquier historiador decimonónico habría afirmado sin complejos que nada podía aportar una novela al conocimiento de la sociedad. Sencillamente, las narrativas de ficción no se referían a hechos verdaderos y ninguna cosa podían decir sobre sucesos significativos llevados a cabo por personajes masculinos influyentes, que eran los auténticos protagonistas de la ciencia histórica.

Tampoco nadie en ese contexto habría entendido cuál era el interés por analizar una temática como la referida a la homosexualidad femenina. Aquella sociedad «respetable» de hace un siglo se fundamentaba sin duda en la complementariedad entre los géneros y el contrato heterosexual y, hasta para los más modernos pensadores, la biología establecía el orden «natural» de las cosas.

Algunos varones, que gozaban de preeminencia en la esfera pública y que se arrogaban la representación de la especie, ejercían su poder sobre otros hombres, mujeres e infantes y, también, controlaban y condenaban, apoyados en dispositivos legales y científicos, toda una serie de sexualidades consideradas perversas y anómalas, que las propias investigaciones médicas de la época hacían progresivamente visibles (Walkowitz, 1995: 398-400).

En pleno Siglo de las Luces demasiadas contraposiciones y quiebras aparentemente lógicas, como historia *versus* literatura o heterosexualidad *versus* homosexualidad, definían territorios y establecían determinadas hegemonías con efectos de poder. Porque tanto las disciplinas científicas como las reglas que componían los dispositivos de la sexualidad normativa levantaban fronteras y marcaban líneas divisorias

¹ Este trabajo parte de las perspectivas y enfoques que propone la Historia Cultural y participa del Proyecto de Investigación I + D + I HAR 2011- 27559/HIST y del Proyecto PROMETEU/2012/46.

que protegían, como afirma Michel Foucault (1987: 155), los intereses y el poder sociopolítico de determinados grupos.

En el último siglo se han producido, sin embargo, suficientes relaciones textuales y sexuales impropias como para que los historiadores y las historiadoras consideremos la literatura –en tanto que lenguaje social circulante– como una fuente de particular interés para conocer el sentido común de una época o para desentrañar cómo se producen y representan consensos y conflictos sociales que incluyen, también, la sexualidad.

La ficción literaria, en suma, ha obligado a la historia a preguntarse cómo a través del lenguaje construimos la realidad. O lo que es lo mismo, cómo los sujetos históricos damos forma a nuestras experiencias (reales o imaginarias), tomamos conciencia de los hechos que acaecen o dejan de acaecer y actuamos personal o colectivamente (también a través de lo que «inventamos» como posible), produciendo transformaciones en la sociedad y en las propias nociones identitarias (Burdíel & Serna, 1996).

Asimismo, las investigaciones en torno a las relaciones entre heterosexualidad y homosexualidad parecen haber iniciado en los últimos años un tímido diálogo no exento de paradojas. Hoy en día los llamados discursos de la diferencia y toda una serie de reflexiones teóricas sobre prácticas sexuales consideradas tradicionalmente como «anormales», deconstruyen los discursos dominantes en torno a su propio significado, poniendo en entredicho –entre otras cosas– su supuesta «anormalidad», construida a lo largo del tiempo con determinados efectos de poder y control (Torras: 2002). De este modo, nuevos análisis niegan que la sexualidad sea una opción personal que solo compete a los individuos que la practican. La sexualidad y los deseos afectivos, en general, son también cuestiones históricas, puesto que el sexo, como el mismo ser humano, es contextual y no puede ser aislado del medio social y de los discursos que lo producen (Suárez Briones 2002; Braidotti, 2005; Aldrich, 2006;).

En el fondo, estas segmentaciones de las que estamos tratando significan que otra de las múltiples fronteras que logró establecer con eficacia el orden liberal burgués fue el haber extendido, tal y como afirma Béjar (1993: 11-12), una visión psicologista y emotiva de la realidad, que parece recluir ciertas apetencias y afanes a los estrechos recintos del «yo». O dicho de otro modo, la conformación histórica de un ámbito privado y personal nos ha impedido pensar que nuestros deseos más íntimos, caso de la sexualidad, son también contruidos, inducidos, conformados e incluso pueden ser excluidos socialmente. Y toda una serie de prácticas sexuales no normativas, que reciben aún una valoración negativa o que continúan sin hacerse visibles socialmente con transparencia, dan cuenta de esa dificultad de traspasar las barreras del «yo» (Herrero Brasas, 2001).

Vistas estas fronteras, establecidas hace más de un siglo, las presentes reflexiones tienen por objetivo conocer la capacidad de la novela de Lucía Etxebarria, que se publicó en 1998, para atravesar esas líneas divisorias anteriormente nombradas y comprobar su eficacia para atribuir nuevos significados culturales a esos ámbitos referidos a los roles de

género y a las distintas opciones sexuales concebidos comúnmente como dicotómicos y contrapuestos.

1. Mensajes formalmente rupturistas en torno a las sexualidades no normativas y algunas paradojas

Desde esta perspectiva, lo primero que llama la atención es que la novela obtuvo un notable éxito, pese a ser una narración que hace referencia a unas relaciones amorosas y sexuales entre mujeres poco convencionales. Lucía Etxebarria, una joven escritora de treinta años, lograba el prestigioso premio Nadal abordando una temática inusual, y los medios de comunicación se hicieron eco del suceso saludando mayoritariamente con alabanzas que aquella escritora desconocida y extravagante se atreviese a narrar los encuentros amorosos de Beatriz, para quien el amor y el deseo (a priori) podía vivirse abiertamente, sin enfocarse en exclusiva hacia un solo sexo.

La novela veía la luz arropada por una editorial potente como era Destino y sostenida por la publicidad que le daba un premio como el Nadal. La obra estaba, pues, destinada «al gran público», que respondió comprando una novela en la que se narraban los conflictos de la mencionada Beatriz, una chica rebelde que reflexiona, en la novela, sobre su infancia y adolescencia en el Madrid de los años 70 y 80 y que estudia en Edimburgo una década después, ya convertida en una joven. Junto al recuerdo de sus difíciles relaciones familiares y de su amor imposible por Mónica en su anterior etapa madrileña, Beatriz vive en el presente un amor cálido y tranquilo con su novia Cat y, a la vez, una pasión carnal y esporádica con su amante Ralph, lo que la lleva a pensar que puede enamorarse y vivir su sexualidad sin ceñirse a un solo género, trascendiendo de este modo determinadas imposiciones sociales respecto a las prácticas amorosas y sexuales.

Con este argumento y a través de circuitos culturales comerciales convencionales, Lucía Etxebarria lograba trasladar a la sociedad determinadas visiones, supuestamente distintas, de la homosexualidad y de la bisexualidad femeninas. Y esta es precisamente la mayor virtud de la novela, el haber logrado atravesar la frontera de las publicaciones «marginales» y conseguir que ciertas relaciones sexuales femeninas no convencionales fuesen de «interés» para un público supuestamente heterosexual. Este dato es significativo porque, como ya se ha afirmado, las obras de ficción son también instrumentos que moldean la realidad, crean opinión, transforman percepciones y comportamientos y proporcionan significados culturales y esquemas de pensamiento en torno a los cuales se organizan las identidades y las experiencias sociales (Chartier, 1992: 27).

Después de apuntar este primer cruce de fronteras que logra la novela, y ahondando en el análisis, las preguntas a plantear apuntan en la línea de ¿qué expresaban dichas representaciones femeninas?, ¿qué percepciones sobre las sexualidades femeninas no hegemónicas transformaban?

Las imágenes de Beatriz o Cat, pese a que sus opciones sexuales son «disidentes» –Beatriz se declara bisexual o Cat lesbiana– aparecen en principio connotadas con rasgos positivos y comunes, y la diferencia de orientación sexual no es, en sí misma, el eje fundamental de los conflictos y malestares de las protagonistas. A ninguna de ellas le asaltan dudas por enamorarse, amar o practicar sexo con otra mujer o por hacer sexo a la vez con una mujer y con un hombre, como es el caso de Beatriz. Tampoco hay preguntas sobre la naturaleza propia o impropia de estos deseos, ni menciones al posible rechazo social a estas posiciones identitarias no hegemónicas.

Separar de las representaciones del lesbianismo y de la bisexualidad las cargas de «problema», culpa y estigmatización que aun conllevan tiene un valor positivo porque, como constata Viñuales (2002), aun hoy la existencia «lesbiana» es algo que cuestiona en sentido real y figurado la dignidad personal, lo que hace que paradójicamente muchas mujeres que experimentan esta «existencia» tienden a culpabilizarse e invisibilizarse, aceptando e interiorizando los prejuicios y la marginación que se les impone desde el exterior.

También, el que distintas opciones sexuales se muestren en la novela como relaciones accesibles, cotidianas e inocuas, que pueden «vivirse» con total naturalidad, es ya de por sí un hecho saludable porque, como afirma Weeks (1998: 17-19), la diversidad sexual es en el fondo la norma de la cultura. Así, pese a las categorizaciones que otorgan valor y significado a las distintas formas de sexualidad definidas –heterosexual, homosexual, bisexual, transexual, etc.–, el propio deseo sexual es dinámico y circunstancial. Es, en el fondo, un referente puntual y no inamovible de nuestras vidas que, a lo largo de la trayectoria biográfica por la que atravesamos, permite a los sujetos adoptar diversas formas de relación.

Esta aparente normalidad y variedad en la representación de distintas orientaciones sexuales, y una cierta equivalencia entre ellas, podría ser la segunda frontera que hubiera traspasado oportunamente la novela, a no ser porque, en el fondo, las contraposiciones que utiliza Etxebarria para construir su relato y, también, lo que elude tratar o hacer explícito en él, atienden a polaridades demasiado fáciles, a reflexiones, a veces, gratuitas y simplistas que no acaban de establecer ninguna propuesta novedosa en torno al sentido social de las diferencias/disidencias sexuales.

Efectivamente, la autora podía haber prescindido de mostrar cómo en torno a la sexualidad se continua articulando un sistema jerárquico de valor sexual. También podía dejar de decir que la sexualidad (todas las sexualidades) sigue regulada por quienes controlan el poder e incluso dictan leyes opresivas al respecto (Buxán, 1997). Eludir la crítica reivindicativa, tal vez por conocida y tediosa, era una opción posible, pero ¿con qué fin ofrecía Lucía Etxebarria un panorama tan idílico respecto al significado y a las prácticas de vida de determinadas opciones sexuales? y ¿a partir de qué estrategias narrativas conseguía esta aparente normalización y equivalencia entre ellas?

Etxebarria construye su aséptico relato en torno a las sexualidades de sus protagonistas no para superar las segmentaciones de valor que se

dan entre las diversas opciones sexuales, sino para afirmar la rebeldía individual de una «nueva mujer»: la joven transgresora de los años noventa del siglo xx. Porque, en el fondo, la novela trata sobre todo del proceso seguido por Beatriz, que tras rebelarse, coquetear con la droga y vivir a fondo la vida nocturna madrileña en décadas anteriores, trata de reconstruirse en Edimburgo una nueva identidad, distanciándose de los modelos de género tradicionales y apropiándose sin demasiada reflexión de algunos de los postulados teóricos del feminismo y de las teorías LGTB, intentando ir más allá.

La sexualidad y las relaciones amorosas son, por tanto, la excusa desde donde la autora explora otros caminos en aras de encontrar esos nuevos modelos de feminidad más libres, más atrevidos y más en sintonía con los nuevos tiempos. La novela habla en suma de un tema clásico como es la búsqueda del «yo» interno, en este caso centrada en los roles de género y en la sexualidad. Y la guía para encontrar respuestas a dicha búsqueda es la pasión desconcertante que provoca en la protagonista el deseo que siente durante su adolescencia por Mónica y, a partir de ahí, la experimentación años más tarde con otras prácticas sexuales ajenas a la norma. En el fondo, el relato trata, como diría Foucault, de «formular al sexo la pregunta acerca de lo que somos» (1977: 96).

2. Las trampas del silencio y la sutil reafirmación de la heterosexualidad

Desde esta lógica, Beatriz rechaza los modelos de género superficialmente modernos, pero en el fondo convencionales, y la relación sentimental/vital que simbolizan sus propios padres y toda una generación anterior a ella (heterosexual, acomodada, hipócrita y poco feliz). Desde esta lógica, no es extraño que intente encontrar a través de otras formas de vivir su sexualidad ese nuevo «yo» o modelo identitario femenino verdaderamente rompedor con ciertos convencionalismos sociales.

En muchos párrafos de la novela, esta relación entre identidad de género y opciones sexuales diferentes se encadena de una forma eficaz. Por ejemplo, tras una escena en el bar Miami donde Beatriz rompe la tarjeta que le ha dado un chico que le resulta atractivo, reflexiona diciendo: «Aquel tipo me gustaba. Habría podido acostarme con él [pero], quizá hubiera terminado por convertirme en una chica como tantas otras, femenina y heterosexual». Y el texto continúa «pero yo puedo amar a hombres y mujeres. No distingo entre sexos» (Etxebarria, 1998: 204-205).

También feministas lesbianas, como Adrienne Rich (1983) y Monique Wittig (2000: 223-233), exploraron esta misma relación entre roles de género y orientación sexual de una forma radical, afirmando que las formas de sexualidad implican jerarquía social a través del género y de la norma heterosexual. La subordinación femenina encuentra arraigo y sustento en la privación de libertad que supone la heterosexualidad impuesta como obligatoria y sobre la cual se edifica un complejo entramado de relaciones sociales, económicas e ideológicas que mantienen la subordinación femenina.

Por esta razón, la relación entre la búsqueda de nuevo modelo identitario y la defensa que hace Beatriz de su bisexualidad podría haber sido certera, aún sin ahondar en un cuestionamiento radical del modelo, ya que, con propósitos «políticos» distintos, la cultura occidental ha relacionado y superpuesto de una forma reiterada a lo largo del tiempo los roles de género y las morfologías sexuales. La sexología y la literatura médica decimonónica, por ejemplo, condenaban y calificaban de patológicas toda una serie de apetencias sexuales consideradas perversas porque, además de apartarse de la norma heterosexual, distorsionaban la percepción de los sujetos respecto a su propia identidad de género (Laqueur, 1994: 45). Actualmente también, palabras como *camioneras* o *marimachos*, que denominan coloquialmente a las lesbianas, continúan incidiendo en esa relación fascinante y aviesa que sigue vinculando el cuerpo, los roles de género y las opciones sexuales no normativas (Sanfeliu, 2007: 31-57).

Así, y puesto que tanto el sexo, las distintas opciones sexuales y los roles de género se construyen y producen culturalmente, los discursos en torno a dichas categorías se entrelazan más o menos estereotipadamente, produciendo y construyendo «cadenas de sentido». Esto significa que cuando Lucía Etxebarria intenta encontrar, a través de una orientación sexual disidente, pautas de género más subversivas para su personaje principal y relaciona dichas categorías, parte en teoría de un buen planteamiento.

Efectivamente el personaje de Beatriz, que muestra sobradamente su rechazo a los roles de género que le son asignados, podía haber logrado esbozar una nueva forma de identidad femenina a partir de experimentar otras vivencias de la sexualidad más allá de la heterosexualidad.

Sin embargo, el sentido y la forma en que Etxebarria entrelaza diversas proposiciones –lo social, lo personal, el género (masculinidad-feminidad), la orientación sexual (hetero-homo-bi) y las prácticas sexuales (acción-sumisión, coito vaginal y otras formas de placer más sensitivas)– le impide cumplir tal propósito y acaba cayendo en las habituales dicotomías binarias en torno a estas categorías.

Por ejemplo, si en la novela relacionamos con detenimiento género y orientación sexual, encontramos que los conflictos del personaje de Beatriz están relacionados básicamente con su identidad de género. Romper determinadas pautas, como vestirse de forma no tradicionalmente femenina y comportarse de forma distinta a lo que se espera de una joven adecuada, le suponen continuos conflictos con su entorno: padres que la castigan por desafiar los límites que le imponen por ser mujer, un cliente al que sirve un paquete de droga en su casa y que trata de violarla por llevar minifalda y una camiseta que enseña el ombligo, etc. (Etxebarria, 1998: 150).

La identidad de género es por tanto el centro y la clave del malestar de la protagonista. No asume el modelo femenino que está previsto que sea y la identidad de género que desea vivir le supone fricciones y problemas interiores y exteriores. Por el contrario, la orientación sexual y la trasgresión que significa vivir relaciones lesbianas y bisexuales no plante-

an a Beatriz ni tensiones ni incertidumbres ni malestares con el exterior; estas prácticas sexuales trasgresoras solo son motivo de reflexiones interiores, desgranadas en interminables monólogos psicológicos que la protagonista vive en circuito cerrado.

Pero, ¿cómo es posible que el personaje deba hacerse cargo de tantas tensiones con su entorno por mantener una identidad de género tan libre y en cambio pueda experimentar con tanta «normalidad» sexualidades tan poco reconocidas como el lesbianismo o la bisexualidad?

Sencillamente, Etxebarria logra que Beatriz encuentre en su atrevida sexualidad un supuesto espacio de ruptura y libertad más allá de la norma, haciendo que el personaje en ningún caso haga manifiesta, explícita, contraste o reivindique su orientación sexual.

En algunas otras obras que tratan el tema del lesbianismo en el Estado español (Gimeno, 2005; Simonis, 2007), se apunta repetidamente que el propio silencio es o ha sido la condición de la existencia lesbiana. La ausencia de las mujeres en los espacios donde tradicionalmente se han articulado tanto los discursos teóricos como las actividades políticas ha hecho que sobre la subordinación de género se inscriba la invisibilidad en torno a unas prácticas sexuales como las lesbianas, históricamente estigmatizadas (Vila, 2000: 35-42). Como diría Foucault, «el silencio y el secreto abrigan el poder, anclan sus prohibiciones, pero también aflojan sus apresamientos y negocian tolerancias más o menos oscuras» (1977: 123).

Así, mientras que la heterosexualidad no necesita pronunciarse de forma explícita puesto que «existe» supuestamente de forma «natural», el resto de sexualidades solo existen en su condición de «ocultas» o también, como comienza a suceder en la actualidad, sólo existen en el acto de autonombrarse y hacerse visibles.

En este punto conviene recordar que, efectivamente, Etxebarria no nombra la condición heterosexual de ninguno de sus personajes heterosexuales, pero sí hace al personaje de Cat asumir y articular en voz alta su condición de lesbiana. La propia Beatriz, sin embargo, aunque vive y experimenta su bisexualidad, en ningún caso se la hace explícita a nadie. Y este silencio es una de las razones por las que la disidencia sexual de la protagonista logra equipararse teórica y superficialmente con la heterosexualidad y vivirse con una supuesta naturalidad que no provoca al personaje ningún malestar con su entorno.

Llama especialmente la atención el que, en sus muchos años de «cuelgue» o de pasión amorosa por Mónica durante su estancia en Madrid, y pese a que comparten una amistad profunda, Beatriz no le confiese su amor en ningún momento. Entre ellas solo sucede un encuentro sexual animado por el esnifado de un «polvo blanco». En la escena, es Mónica quien toma la iniciativa y, cuando los besos y las caricias se multiplican, Beatriz se distancia de la mujer de la que está locamente enamorada para preguntarle: «¿Qué va a pensar Coco de esto?», y conviene recordar que Coco es el novio de Mónica. Tal y como continúa la narración, en la «cabeza» de Beatriz, Coco, que no estaba presente en esta escena de pa-

sión con su amada, era el «único obstáculo que impedía que sucediera lo inevitable».

Si consideramos la relación entre ambos personajes también como una relación dialógica entre la heterosexualidad y la homosexualidad, podríamos decir que el deseo homosexual de Beatriz, antes de nombrarse, de establecer puentes de comunicación –en positivo o en negativo– con la heterosexualidad de Mónica, se recluye en el silencio y, en cierto modo, en vez de atravesar las fronteras cotidianas de la expresión, se automargina dando la prioridad a la heterosexualidad por encima de su propio deseo lésbico.

En este punto nos podemos preguntar, ¿es tal vez que, conociendo Beatriz la heterosexualidad de Mónica, da por supuesto que dos mujeres no pueden hacer sus propias elecciones sexuales, en tanto que entre ellas media la figura de un varón, en este caso, Coco?, ¿cuál es, pues, su postura activa como mujer supuestamente «rebelde» frente a su propio deseo, si en el fondo se pliega a la norma?

Por esta razón, y aunque efectivamente la novela plantea una cierta crítica a la heterosexualidad, «los silencios» de Beatriz respecto a sus propias opciones sexuales le impiden hacer de dichas opciones un espacio «real» de contraste, desafío y alternativa social posible a esa norma heterosexual omnipresente y hegemónica que tanto critica superficialmente.

En contraste con el personaje de Beatriz, Etxebarria construye el personaje de Cat de una forma más coherente con lo que podríamos denominar una identidad sexual rebelde, asumida y manifiesta que se expresa con cierta normalidad. Cat se autodefine abierta y públicamente como lesbiana y también participa muy activamente de los ambientes gays y lésbicos de la ciudad.

En los estudios sobre el lesbianismo anteriormente mencionados, se apunta que, en la mayoría de los casos, la autoconciencia del deseo lésbico es desconcertante para quien lo experimenta, puesto que en muchos casos supone llevar aparejada la necesidad de hacerlo explícito y adoptar en el entorno en el que se vive esa nueva posición.

Así, los ritos de revelación y la «salida del armario» se convierten en fuente de malestar, pero son también un importante principio de autoafirmación mediante el cual las personas LGTB buscan comúnmente integrarse en grupos o colectivos de afinidad porque, como afirma Olga Viñuales (2002: 57), es la propia percepción de aislamiento y la necesidad de construir una historia o narración lo que les permite encontrar nuevos soportes ideológicos y emocionales y superar el estigma, poniéndose en contacto con un nuevo mundo social formado por las similares.

Desde esta perspectiva, los rasgos que definen el personaje de Cat corresponderían a lo que en tiempo y contexto sucede con muchos gays, lesbianas, transexuales y bisexuales que en la actualidad afirman sus relaciones emocionales y sexuales públicamente, haciendo de lo personal un compromiso social y político. Para reforzar estas prácticas de «visibilidad», en muchos casos se socializan juntos constituyendo «comunidades subculturales» a través de revistas, librerías, editoriales, bares u organi-

zaciones que contribuyen a afirmar y reivindicar frente al exterior sus propias formas de vida y de relación.

3. Dicotomías clásicas respecto a los roles de género y a las prácticas de la sexualidad disfrazadas de alternativas

Este mundo subcultural, homosexual y autoafirmativo del que participa Cat suscita, sin embargo, incomodidad y muchas dudas a Beatriz.

En primer lugar, el amor monógamo y comprometido que le profesa su novia produce en Beatriz una tensión ambivalente entre sus propios sentimientos amorosos y la necesidad de encontrar una mayor libertad o de poder experimentar algo distinto.

Tampoco parece gustarle que los amigos y las amigas de su novia hagan todo lo posible por hacerse fácilmente reconocibles utilizando determinados símbolos: collares con arco iris, triángulos rosas, formas de pelos parecidas, las mismas canciones preferidas, etc. La razón que se apunta para este rechazo es que, desde su punto de vista, esas minorías gays y lesbianas, superficialmente vanguardistas, son ghettos cerrados donde se vuelve a reproducir una acomodación, de tal modo que quienes forman una pareja homosexual desean formar un matrimonio o, como se dice en la novela, a Beatriz no le gusta que la pareja que forma con Cat se entienda por quienes les rodean como un «todo» que convierte a cada una de ellas en «la mitad de una unidad» (Etxebarria, 1998: 42).

Al plantear estas críticas respecto a determinados ambientes y prácticas de las parejas homosexuales, Etxebarria podría haber encontrado un motivo interesante para cuestionarse en la novela, con cierto rigor, si en el fondo muchas de las conductas y prácticas homosexuales no están aspirando solo a equipararse con la heterosexualidad. Así y de algún modo, podrían haber esbozado en el relato determinadas preguntas en torno a las convenciones sociales, a los celos, a la imposición de la monogamia o a las dependencias que se establecen en las relaciones afectivas en general, tratando de determinar si la interiorización y la adecuación a determinadas normas heterosexuales afecta por igual a todo tipo de parejas y no solo a las heterosexuales.

Pero el intento de Etxebarria, en cierta forma lúcido y razonable, de cuestionar las relaciones entre ciertas parejas homosexuales, fracasa de nuevo en la medida en que el personaje de Beatriz vuelve a hacer del silencio y de la reiteración de las dicotomías habituales en torno a los roles de género y a las prácticas sexuales el eje de su relato.

Aislada en Edimburgo, donde repetidamente afirma que no tiene amigos, Beatriz es incapaz de relacionarse tanto en ambientes heterosexuales como homosexuales. Y tampoco es capaz de manifestarle a Cat sus angustias y preocupaciones interiores respecto a estos temas que tanto le preocupan. ¿Por qué vive unas relaciones sexuales casi perfectas y mágicas con Cat, pero es incapaz de contarle sus malestares y preocupaciones por su propia relación?, ¿por qué no le explica que es bisexual y que se acuesta con Ralph, manifestando así una individualidad interactiva que hubiese roto efectivamente su posición en la pareja «como la mitad de una unidad»?

Además, si como afirma Beatriz, los roles de género están contruidos socialmente de una forma limitada y tanto hombres como mujeres deberían poder acceder a los roles del sexo opuesto, ¿por qué le molestan tanto, y cito textual, «aquella panda de mariquitas histéricas y repintadas que gorjeaban tonterías entre risitas de damisela» (Etxebarria, 1998: 37). ¿No están las «mariquitas histéricas», al apropiarse a su antojo de los roles femeninos, aplicando en la práctica la teoría que la propia Beatriz sostiene?

Tratando superficialmente de ponerlo todo en cuestión y trascender tanto la heterosexualidad como la homosexualidad, para Beatriz la alternativa es la bisexualidad.

Charlotte Wolff afirma también que la bisexualidad está en el origen de la experiencia sexual humana. O dicho de otro modo, que «todos los seres humanos son bisexuales ya que su libido está repartida entre objetos de ambos sexos, tanto de forma manifiesta como latente» (Wolff, 1978: 36). Lo que significa que cuando el deseo sexual se dirige a ambos géneros se rompen las normas bipolares que la sociedad obliga a acatar. El dinamismo de la bisexualidad va más allá de las orientaciones sexuales fijas que suponen tanto la heterosexualidad como la homosexualidad, manifestando una visión multisexual, holística y dinámica del deseo erótico (Wolff, 1978: 150).

Por ello, el intento de Etxebarria de plantear la bisexualidad como un espacio alternativo y novedoso contiene a priori, y de nuevo, muchas posibilidades, aunque de nuevo también esas posibilidades se desvanecen tras una lectura más exhaustiva del texto.

En primer lugar, porque si relacionamos los roles de género, la orientación sexual y las prácticas sexuales, podemos percibir que Beatriz reinstaura, en las diferentes escenas donde se narran sus encuentros sexuales y amorosos con su novia Cat y con su amante Ralph, las dicotomías entre hombres y mujeres o entre heterosexualidad y homosexualidad, que previamente ha estado criticando y socialmente son habituales. Es decir, cuando Beatriz se relaciona con Cat asume una posición en cierto modo masculina, de seguridad, independencia y racionalidad. Toma sus decisiones sin contar con ella y hace simplemente lo que le apetece, reservándole a su novia el papel más pasivo y afectivo. Por el contrario, en la relación con Ralph, él es quien tiene el mando y ella la que muestra la dependencia y la necesidad de apoyo y afecto.

Así pues, aunque Beatriz «ansiaba la perfección de un estado primordial, un estado que fuera anterior a lo masculino o a lo femenino», puesto que «no quería ser la mitad de uno [...] y buscaba la totalidad a través del sexo» (Etxebarria, 1998: 205), la forma en que actúa en la novela es muy otra y la supuesta «totalidad» ansiada se convierte en las mismas fragmentaciones de siempre. Porque, partiendo de esta narración, los lectores y las lectoras, en última instancia, solo encuentran que las experiencias bisexuales implican el tener la posibilidad de hacer un papel masculino cuando se está con una mujer, o hacer un papel femenino cuando se está con un hombre. ¿No se parece mucho este modelo a la heterosexualidad normativa?

Esta misma segmentación entre roles de género se repite, además, en las prácticas sexuales, donde las formas de hacer el amor o los atractivos físicos de sus amantes se describen, de nuevo, de una forma extremadamente dicotómica. Por ejemplo, se puede leer textual: «Comparado con la dulzura envolvente y felina de Cat, Ralph resultaba una catástrofe natural, como un tornado imparable». Y continúa refiriéndose a él: «Me sujetó y me arrastró contra las estanterías. Todo en él era grandioso, monumental: el torso, los muslos, los antebrazos, el cuello, y su miembro, por supuesto».

Mientras que las relaciones sexuales con Cat remiten a la práctica de una sexualidad sensual y sensitiva, las relaciones con Ralph son sexo-sexo primitivo, instintivo y un tanto salvaje. De este modo la mitología erótica que destila la novela vuelve a colocar a lo masculino y a lo femenino en el lugar que tradicionalmente les ha asignado la cultura. ¿Son esas realmente las posibilidades que la bisexualidad puede proporcionar a las mujeres que tratan de ir más allá de las limitaciones genéricas y sexuales? ¿O más bien, para hablar de sexualidades que aportaran realmente un sentido alternativo a las relaciones entre los géneros, deberíamos partir de postulados como los que sostienen Judith Butler o Diana Fuss, que proponen la proliferación de géneros y sexos equívocos de sexualidades indefinidas, insistiendo en la mutabilidad y diseminación de las categorías y prácticas de las sexualidades no normativas como forma de subvertir las jerarquías sociales establecidas? (Fuss, 1999; Butler, 2001).

4. Conclusión

Deconstruir el binarismo heterosexualidad/homosexualidad y los roles de género masculino/femenino como identidades fijas y contrapuestas es tratar de situar a los sujetos sociales, a la vez, dentro y fuera de la norma y enfrentarse a las dialécticas jerárquicas que hacen posibles todos los binarismos y, además, difundir la necesidad de que proliferen socialmente géneros y sexos equívocos de sexualidades indefinidas (Sanfeliu, 2007: 56-67).

Desde esta perspectiva, y como conclusión final, se puede afirmar que Lucía Etxebarria no logra en su obra atravesar plenamente ninguna de las fronteras que parece proponerse –si exceptuamos su consolidación como escritora atrevida y maldita que atrae a lectores medios– porque Beatriz, el personaje principal, permanece anclada en otro de los binarismos más reconfortantes y arraigados de la modernidad.

Como ya se ha hecho explícito anteriormente, la modernidad proyectó una individualidad que creía y cree que la felicidad y la libertad residen en el «yo» y en la esfera privada. Ante la imagen ficticia de dos mundos separados: el social exterior (en el que resulta difícil incidir) y el personal y privado (que parece que podemos manejar a nuestro antojo), los sujetos creemos poder construir una vida privada libre y autónoma al margen de las imposiciones externas. Es así como la rebelde Beatriz, que hace gala de una notable cultura individualista, se recluye en lo personal, haciendo creer a los lectores y a las lectoras que las nuevas experiencias que propone son realmente liberadoras y con sentido.

Pero conviene volver a insistir en que, cuando nos referimos a la producción social del género y de las orientaciones sexuales «disidentes», no podemos olvidar que las biopolíticas siguen inscribiendo en los sujetos, con efectos de poder, determinadas atribuciones en función de estas marcas. Marcas que nos clasifican como más o menos valiosos, adecuados o abyectos en el orden social.

Desde esta perspectiva, las estrategias de la teoría crítica feminista y de los estudios LGTB, que Lucía Etxebarria trata como movimientos pasados de moda, han consistido en desnaturalizar el género y las sexualidades, remarcando su carácter de construcción social y política, tratando de romper con silencios ancestrales y dominaciones invisibles y proponiendo la construcción de nuevos sujetos «excéntricos» que excedan y superen las atribuciones y determinaciones sociales que fundamentan su sometimiento. El objetivo sigue siendo la proliferación de sujetos equivalentes en valor y abiertos en sus definiciones identitarias que se comprendan (y *auto-comprendan*) tanto a nivel teórico como práctico, inmersos en coordenadas variables de diferencias en constante articulación. Esta mirada trata, pues, de contemplar también las rebeldías sexuales y de género, como formas alternativas y múltiples de producción cultural, afirmando, en última instancia, la capacidad de los actores sociales para generar y negociar nuevos significados políticos que, en última instancia, alienten los procesos dinámicos de cambio (Burgos & Kitzinger, 2002).

Así pues, las supuestas rebeldías privadas carentes de compromisos públicos pueden suponer (tan solo) opciones de vida aisladas y formalmente rupturistas que rehacen el binarismo genérico y vuelven a «encerrar» las sexualidades no normativas en el asfixiante y reconfortante silencio de las alcobas. Esta lógica puede ser reconfortante para los lectores y las lectoras medios que no ven en nada cuestionadas sus posiciones identitarias, se sienten reafirmados en creencias comunes y fobias habituales, mientras pueden identificarse con la supuesta indocilidad y desobediencia que exhibe Beatriz.

Por esta razón, una novela que rehace viejos tópicos adornándolos con tintes transformadores se convierte en «papel mojado» y no aporta casi nada a la historia actual en la que existe toda una pléyade de rebeldes con las normas heterosexuales que están/estamos tratando de subvertir los significados culturales clásicos atribuidos a lo largo del tiempo a los roles de género y a las distintas orientaciones sexuales desde muy diversas posiciones.

Referencias bibliográficas

- ALDRICH, Robert. *Gays y Lesbianas. Vida y Cultura. Un legado universal*. San Sebastián: Nerea, 2006.
- BÉJAR, Helena. *La cultura del yo*. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- BRAIDOTTI, Rosi. *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*. Madrid: Akal, 2005.

- BURDIEL, Isabel & Justo SERNA. «Literatura e historia culturas o por qué los historiadores deberíamos leer novelas». *Eutopias* 130 (1996): 1-36.
- BUTLER, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México D.F.: Paidós, 2001.
- BUXÁN BRÁN, Xosé Manuel. *Conciencia de un singular deseo. Estudios lesbianos y gays en el Estado español*. Barcelona: Laertes, 1997.
- CHARTIER, Roger. *El mundo como representación*. Barcelona: Gedisa, 1992.
- COYLE Adrian & Celia KITZINGER. *Lesbian and Gay Psychologies. New Perspectives*. Oxford: BPS Blackwell, 2002.
- ETXEBARRIA, Lucía. *Beatriz y los cuerpos celestes*. Madrid: Destino, 1998.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la Sexualidad. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1977.
- FUSS, Diana. *En esencia: feminismo, naturaleza y diferencia*. Vic: Eumo, 1999.
- GIMENO, Beatriz. *Historia y análisis político del lesbianismo. La liberación de una Generación*. Barcelona: Gedisa, 2005.
- HERRERO BRASAS, Juan A. *La sociedad gay. Una invisible minoría*. Madrid: Foca, 2001.
- LAQUEUR, Thomas. *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Cátedra, 1994.
- MORENO MENGÍBAR, Andrés & Francisco VÁZQUEZ GARCÍA. *Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España (s. XVI-XX)*. Madrid: Akal, 1997.
- RICH, Adrienne. *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Barcelona: Icaria, 1983.
- SANFELIU, Luz. «Escrito en el cuerpo. Sexualidades femeninas al margen de la norma heterosexual». *Arenal* 14 (enero-junio 2007): 31-57.
- SIMONIS, Angie. *Cultura, homosexualidad y homofobia. Vol.II / Amazonia: retos de visibilidad lesbiana*. Barcelona: Laertes, 2007.
- SUÁREZ BRIONES, Beatriz. *Sexualidades. Teorías literarias feministas*. Alcalá de Henares: Ayuntamiento de Alcalá de Henares-Centro Asesor de la Mujer, 2002.
- TORRAS FRANCÉS, Meri. «Degenerando y regenerando el género: Mujeres masculinizadas». In *Perversas y divinas. La representación de la mujer en las literaturas hispánicas: El fin de siglo y/o el fin de milenio actual*, Carme Riera, Meri Torras & Isabel Clúa (eds.), 125-130. Caracas: eXcultura, 2002.
- VILA NUÑEZ, Fefa. «¿Dónde habita L.? L. habita entre ruinas». *Reverso* 1 (2000): 35-42.
- VIÑUALES, Olga. *Lesbofòbia*. Barcelona: Bellaterra, 2002.
- WALKOWITZ, Judith R. «Sexualidades peligrosas». In *Historia de las Mujeres en Occidente. El siglo XIX*, Georges Duby & Michelle Perrot, 369-403. Madrid: Taurus, 1995.
- WEEKS, Jeffrey. *Sexualidad*. México: Paidós, 1998.
- WHITE, Hayden. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós, 1992.
- WITTIG, Monique. «Sobre el contracte social». In *El gay saber. Introducció als estudis gais i lèsbics*, Josep Anton Fernández (ed.), 223-234. Barcelona: Llibres de l'Índex, 2000.
- WOLFF, Charlotte. *Bisexualidad*. Barcelona: Plaza & Janes, 1978.